

# El encuentro de Jesús Díaz<sup>1</sup>

JESÚS SILVA-HERZOG

**S**E APLASTA PORQUE SE DESPRECIA, DICE ELÍAS CANETTI. «APLASTAMOS ALGO muy pequeño, que apenas cuenta, un insecto, por ejemplo». Si no lo aplastamos, no sabríamos qué hacer con él. Aplastar un insecto es la acción que simboliza el máximo desdén. Incluso dentro de nosotros, el acto permanece tranquilamente impune: «su sangre nunca cae sobre nuestras cabezas ni nos recuerda la nuestra. No vemos sus miradas que se quiebran». Cuando aplastamos a un insecto le informamos: no significas nada, puedo hacer contigo lo que quiera; cualquiera puede exterminarte; nadie se dará cuenta; nadie te recordará; ni siquiera yo, que estoy a punto de reventarte.

También a los hombres se les trata como insectos. Jesús Díaz, fundador de *Encuentro*, escribió: «La cultura cubana está gravemente enferma, fragmentada, rota, aquejada de un terrible mal moral y psicológico que pretendo llamar Síndrome de la Demonización». No se trata, a su juicio, de una enfermedad nueva. Antes de la llegada de los españoles, ya había demonios en Cuba. Los demonios eran buenas respuestas a los enigmas de una naturaleza indescifrable. Los demonios eran causa de los ciclones, de los incendios, de las epidemias. Pero son los españoles quienes recurren a los demonios, ya no para atribuir sentido a la desgracia, sino para aplastar a sus enemigos. El otro no es hombre, es una basura, un animal, un trapo. La experiencia española fue determinante: al judío converso se le llamó marrano, el más sucio de los animales. Los esclavos negros no llegaron siquiera a la categoría de ser animado. Se les llamó «piezas de ébano»: pedazos de dura madera negra e inerte. Luego, los colonialistas españoles descalificaron a los independentistas llamándoles mambises, con la intención de caricaturizar la lucha como el conflicto entre tribus salvajes. El castrismo ha sido un brillante discípulo de la demonización. Desde el 60, a los opositores al régimen se les llama gusanos, animales repugnantes a los que se pisa con cara de asco. El término fue luego reemplazado por uno más terrible: escoria, esa sustancia de desecho despreciable y repugnante. No es un animal sucio como los marranos, no es siquiera una lombriz que se pisa ni una pieza de fuerza vegetal. Es algo inanimado, sin vida.

Pero también hay una demonización en respuesta a la oficial. Muchos exiliados tachan de cómplices de una dictadura atroz a quienes permanecen en la Isla o hasta a los que van de visita a Cuba. José María Heredia, cuenta Jesús Díaz, condenado al exilio, pidió permiso para regresar a morir a su patria. Y pregunta en las páginas de *Encuentro*: «Si esa tragedia hubiese ocurrido hoy, las radios de Miami hubiesen

tronado contra Heredia y cualquier exiliado insensible se sentiría con derecho a excluirlo por ello». Los demonios, como se ve, no tienen contrato de exclusividad. El problema es que un mundo poblado por demonios es un mundo en busca de héroes que valientemente están dispuestos a clavarle la estaca a los vampiros. Si algo se lee en las páginas de la revista que fundó Jesús Díaz es justamente eso: una nueva pelea cubana contra los demonios. Podría ser una apuesta por la decencia, de acuerdo a lo que señala el filósofo Avishai Margalit: la exigencia de que todos los hombres sean tratados como seres humanos, como personas y no como bestias, como cosas. Una sociedad decente, dice Margalit, es aquella sociedad que no humilla a sus miembros más débiles. Se humilla, dice el filósofo judío, cuando se expulsa a un individuo de la familia de los hombres.

Publicada fuera de la Isla, crítica enérgica del régimen político y de su dictador, promotor paciente de un cambio profundo, sería incorrecto decir que *Encuentro* es una revista de oposición. No lo es porque, a mi juicio, no se trata, en un sentido estrecho, de una revista política. La política aparece, por supuesto, en las páginas de la revista. Aparece con frecuencia. Pero no es otra publicación de denuncia. *Encuentro* no emplea la invectiva acusatoria, sino el lenguaje de la crítica, que no es complacencia ni paliza. Me parece revelador descubrir en ese sentido que la palabra que más se repite en las portadas de la revista sea «homenaje». Sí: homenaje. Homenaje a la República, a Martí, a un novelista, a un poeta, a un arquitecto. El tono de *Encuentro*, esa revista demonizada como vil látigo del imperio para destruir la Revolución, es sorprendentemente celebratorio: un espacio de orgullos y, con frecuencia, un sitio para la fiesta. Si se leen sus textos, se encontrará que no están escritos con el vocabulario del encono. Se escribe, eso sí, con el vocabulario de la crítica que, por definición, es punzante, y que sirve siempre para cuestionar aquello que pretende sacralización. La crítica puede ser ruda y, como se percibe en algunas de las polémicas de estas páginas, llega a lastimar. Más que ser una revista de diálogo (palabra que ha perdido sabor de tanta saliva que la repite), escribía Enrico Mario Santí, se trata de una revista de debate. Ese líquido crítico que la revista esparce es, a mi juicio, la única sustancia que puede disolver el discurso de los demonios y de los héroes.

Por eso, habría que decir que el encuentro es más el propósito que el logro de la revista. En sus páginas es muy visible. Hay un esfuerzo constante por construir los puentes de comunicación entre las Cubas que no se ven, que no se oyen; que se afirman negando a la otra. No solamente se han separado, sino que se han decretado recíprocamente inhumanas. Lo demuestran las páginas de la revista: la comunicación es terriblemente difícil. Por eso, la revista *Encuentro* busca, no ha encontrado. Pero, vale preguntar, ¿qué es lo que *Encuentro* busca? Sugiero una respuesta: busca imaginar una nación cubana de ciudadanos. Si las naciones son producto de la imaginación, *Encuentro* es esa cabeza que imagina la nación. La nación de la Isla entera.

De ahí viene seguramente esta exploración del pasado, este regocijo por los ámbitos de lo literario, ese esfuerzo por brincar lo inmediato y pensar en pasado mañana. Ahí están los tres ámbitos tradicionales de la nación: los recuerdos que pueden unir, los hábitos que cohesionan a una comunidad, la esperanza. *Encuentro* se lanza a revisar la historia para pensar los episodios negados por el oficialismo; celebra una cultura que, dice Díaz, «está enferma y fragmentada, pero también viva

y pujante». Imagina un futuro plural y democrático. La búsqueda de *Encuentro* me resulta enormemente atractiva. Creo que es también la nuestra, porque lleva la brújula de la ciudadanía. ¿Cómo se piensa la nación sin el nacionalismo? La revista fundada por Jesús Díaz nos da buenas pistas.

La primera es muy clara: sin dictadura. Para que florezca la nación de los ciudadanos es indispensable edificar una democracia liberal que reconozca el derecho al desacuerdo, que se fundamente en la competencia de opciones políticas, que asegure un régimen de legalidad. Supone esa exigencia democrática la vigencia de los derechos de ciudadanía que es justamente la desdemonización de la política: los hombres serán hombres, nadie tendrá derecho a darles trato de bestias ni tendrá poderes para exigirles heroísmo. Supone también rehuir la tentación de la venganza. Porque no hay rencor en el trazo básico de esta revista, no hay tampoco hambre de revancha. Si hay quien ha dicho que esta revista es contrarrevolucionaria, está equivocando, porque no se defiende aquí el movimiento brusco y violento para deponer un sistema, sino su transformación gradual y negociada. Es, por ello, consciente y orgullosamente antirrevolucionaria. Leo nuevamente a Jesús Díaz:

«Cuando algún vociferante reclama a grito pelado en una radio de Miami tres días para matar en Cuba, está aterrando a la población de la Isla y obligándola a atrincherarse. La única forma civilizada de oponerse a lo que todavía se autocalifica de revolución, no es hacer contrarrevolución, sino proceder de modo opuesto a como lo hacen quienes detentan el poder en Cuba: esto es, abriendo las puertas al encuentro y al debate libre, civil y democrático entre cubanos».

Y, finalmente, creo que la revista traza una tarea fundamental para imaginar la nación entera: la lectura abierta de la diversidad de una cultura. La literatura cubana son todas las literaturas cubanas, decía Rafael Rojas, recientemente. La poesía que se escribe en la Isla y en la diáspora. La novela de dentro y de fuera. *Encuentro* imagina «la patria suave», según la llama Rafael Rojas, como si fuera zacatecano. Un suave patriotismo, hecho de sabores y acentos comunes, de cantos compartidos, de momentos dignos de una historia común, de dolores y, quizá también, como sugería Renan, de olvidos comunes. Un país en el que no haya gusanos ni escorias; ni héroes ni mártires. Un país de ciudadanos.

<sup>1</sup> Texto leído durante la presentación de la revista *Encuentro* en la Feria del Libro de Guadalajara.